







[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

*El escarabajo de oro y otros cuentos*

Titulos originales de los cuentos: “The Gold Bug”, 1843; “The Purloined Letter”, 1844; “The Murders in the Rue Morgue”, 1841. Edgar Allan Poe

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.  
Carrera 11 A # 98-50, oficina 501  
Teléfono (571) 7057777  
Bogotá – Colombia  
www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-11-7

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Buena Semilla

Primera edición en Colombia: septiembre de 2010

Primera edición en Loqueleo Colombia: marzo de 2016

Tercera reimpresión en Loqueleo Colombia: diciembre de 2017

Prólogo: Pablo de Santis

Estudio de obra: Fernando Sorrentino

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Diseño de cubierta: Roberto Peñailillo Farías

Imagen de cubierta: Shutterstock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

El escarabajo  
de oro  
y otros cuentos  
Edgar Allan Poe

loqueleg



# Prólogo

## Por Pablo De Santis

### El juego de las escondidas

7

Si el lector tuviera que esconder este libro, ¿dónde lo haría? ¿Cuál es el mejor lugar? Después de leer “La carta robada”, tenemos una visión distinta sobre lo que es un buen escondite. Cuento fundamental en la historia del género policial, “La carta robada” ayudó, junto con otros relatos de Poe, a crear la figura del detective tal como la conocemos: un razonador puro, al margen de la institución policial y de todo lazo familiar. Un intelectual antes que un hombre de acción, y que se enfrenta al crimen como quien participa de un juego. De hecho el género se estrena en las páginas de “Los crímenes de la *rue Morgue*” con una larga y algo tediosa consideración acerca de la superioridad del juego de damas sobre el ajedrez. Sin embargo, y en contra de la voluntad de Poe, fue el ajedrez el juego que quedó como metáfora del policial.

Pero hay otro rasgo esencial en “La carta robada” y es lo que nos oculta. Edgar Allan Poe centra toda nuestra atención en el escondite de la carta, y poco nos importa su contenido o la historia que la llevó allí. Dos cosas nos interesan: su ubicación y el método usado para descubrirla. De esta manera Poe despoja al enigma de toda carga emotiva y nos enfrenta con el problema en estado puro.

Auguste Dupin, el detective de Poe, aparece en tres cuentos del autor: “Los crímenes de la *rue Morgue*”, “La carta robada” y “El misterio de Marie Roget”. En el primero de los cuentos nombrados, el narrador recuerda cómo Dupin, joven aristócrata, pierde su fortuna, y sobrevive a duras penas con una renta exigua. La amistad con el narrador, que lo invita a vivir con él, lo salva de la miseria. Juntos pasean por la ciudad, mientras la admiración del narrador por su amigo va en aumento: Dupin es capaz de adivinar sus pensamientos, o de aclarar un crimen frente al cual la policía se muestra incompetente. Lo esencial del género policial no aparece en la calle ni en la escena del crimen, sino en la amistad de estos dos hombres solos, y en sus charlas nocturnas, que prefiguran las conversadas noches de Sherlock Holmes y el doctor Watson. ¿Qué otra cosa es el género policial en sus inicios que una con-



versación interminable entre alguien que posee el método, y por lo tanto el secreto, y alguien que no lo tiene?

Además de sus historias de corte policial, Poe escribió memorables relatos de horror. Tanto los cuentos de enigma como los de terror están atravesados por una constante: la insistencia en la razón. Hasta la llegada de Poe, el fantasma era el personaje esencial del relato de horror. Poe echó a los fantasmas y convocó al miedo de otra manera: a través de la venganza, la obsesión y la locura. Si un muerto vuelve de la tumba, es porque ha sido enterrado vivo; si asistimos a un prodigio, es porque ha habido un experimento. Poe, considerado un autor esencial de la literatura fantástica, manifiesta un rechazo absoluto por los elementos fantásticos: el horror debe ser real. Así la razón dominó su obra. Pero la razón, como vemos en estos cuentos, hace, de Dupin, un extravagante, y de William Legrand, casi un loco. Resuelven el enigma, pero, en cada caso, el narrador no logra resolver del todo el enigma que ellos mismos representan. En los relatos de Poe, el que razona está condenado a la soledad de la obsesión. El policial y el horror, las dos grandes regiones que habitan las historias de Poe, no están tan lejos una de la otra: cuentos como “El corazón delator” o “El gato negro” pueden ser considerados como

policiales sin detectives, mientras que “Los crímenes de la *rue Morgue*” presenta una sangrienta escena de pesadilla.

10

Poe fue un pensador fundamental del cuento en tanto forma y “La carta robada” puede ser considerado casi un cuento teórico sobre los alcances del enigma y la figura del investigador. Ha sido uno de los relatos más interpretados de la literatura, ya que no sólo la crítica literaria sino también la filosofía y el psicoanálisis encontraron en él una metáfora sobre el modo de ocultarse de la verdad. Acaso su encanto reside en que la carta se encuentra pero no llegamos a leerla. La mejor resolución del enigma es aquella que, aun respondiendo, no cierra del todo el misterio: simplemente lo transforma y le da sentido.

El detective de Poe no escribe la historia, sino su amigo; así Poe crea una tradición en la cual el que más sabe no es el narrador, sino un fiel asistente, el aprendiz. En su último libro, *Los conjurados*, Borges escribió un poema dedicado a Sherlock Holmes, una de cuyas estrofas dice:

No tiene relaciones, pero no lo abandona  
la devoción del otro, que fue su evangelista  
y que de sus milagros ha dejado la lista.  
Vive de un modo cómodo: en tercera persona.

También Dupin tiene, como el detective de Baker Street, sus razonados milagros y vive de modo cómodo: en tercera persona. Los detectives, empeñosos a la hora de razonar, son haraganes para escribir y dejan esa tarea para los que menos saben. Por eso el policial nos enseña que contar una historia significa no entenderla del todo.



## El escarabajo de oro

*What ho! what ho! this fellow is dancing mad!  
He hath been bitten by the Tarantula.*

13

*All in the Wrong*<sup>1</sup>

Hace muchos años trabé íntima amistad con un caballero llamado William Legrand. Pertenece a una antigua familia de hugonotes y en otro tiempo había sido rico, pero una serie de infortunios lo había dejado en la miseria. Para evitar la humillación que significaban sus desastres, abandonó Nueva Orleans, la ciudad de sus antepasados, y fijó su residencia en la isla de Sullivan, cerca de Charleston, en Carolina del Sur.

Esta isla es muy singular. Se compone prácticamente solo de arena de mar y mide algo menos de cinco kilómetros de largo. Su ancho no excede

---

1. Este epígrafe corresponde a un pasaje de *All in the Wrong* [Todo equivocado, 1761], obra teatral del irlandés Arthur Murphy (1727-1805): “¡Vaya, vaya! ¡Este hombre baila como un loco! / Ha sido picado por la tarántula”.

en ningún punto unos seiscientos cincuenta metros. Está separada de la tierra firme por un hilo de agua apenas perceptible que fluye a través de un sector desierto lleno de juncos y limo, sitio favorito de los patos silvestres. La vegetación, como puede suponerse, es pobre o de muy poca altura. No hay allí árboles de ningún tamaño. Cerca del extremo occidental, donde se alzan el fuerte Moultrie y algunas miserables casuchas de madera habitadas durante el verano por quienes huyen del polvo y de las fiebres de Charleston, puede encontrarse, es cierto, alguna erizada palmera. Pero la isla entera, a excepción de ese punto occidental y de un espacio árido y blancuzco que bordea el mar, está cubierta de una espesa maleza del mirto oloroso tan apreciado por los horticultores ingleses. Este arbusto alcanza allí con frecuencia una altura de entre cuatro y cinco metros, y forma una casi impenetrable espesura, cargando el aire con su fragancia.

En el lugar más recóndito de esa maleza, no lejos del extremo oriental de la isla, es decir, del más distante, Legrand se había construido una pequeña cabaña, donde vivía cuando nos conocimos por primera vez, y de un modo simplemente casual. Pronto nació entre nosotros la amistad, ya que había muchas cualidades en aquel sujeto solitario que atraían el interés y la estima. Me

pareció muy bien educado, de una singular inteligencia, aunque cargado de misantropía y sujeto a penosas alternancias de entusiasmo y melancolía. Tenía muchos libros, pero rara vez los utilizaba. Sus principales diversiones eran la caza y la pesca, o vagar a lo largo de la playa, entre los mirtos, en busca de crustáceos o de insectos curiosos; su colección hubiera podido suscitar la envidia de Swammerdamm<sup>2</sup>. En estas excursiones, por lo general lo acompañaba un viejo sirviente negro llamado Júpiter, que había sido liberado de su esclavitud por la familia Legrand antes de que comenzaran sus problemas económicos, pero al que no habían podido convencer, ni con amenazas ni con promesas, de abandonar lo que él consideraba su derecho a seguir los pasos de su joven “patroncito Will” (así lo llamaba). No es improbable que los parientes de Legrand, juzgando que este estaba un poco trastornado mentalmente, se dedicaran a promover en Júpiter aquella obstinación con la intención de que vigilase y custodiase al vagabundo.

Los inviernos en esa latitud de la isla de Sullivan rara vez son rigurosos y, al finalizar el año, resulta un verdadero acontecimiento que sea necesario encender fuego. Sin embargo, ha-

---

2. Jan Swammerdamm (1637-1680). Zoólogo holandés especializado en el estudio de los insectos.